

# MUNDO HISPANICO

---

## EL MUNDO POLITICO DEL CARIBE

(1930-1959)

### DELIMITACIÓN GEOGRÁFICA

Para entender plenamente el título del presente trabajo, parece imprescindible, primero, recortar con suficiente nitidez el concepto de «Caribe» precisando el contenido geográfico que tal término ampara o que, al menos, aquí se le atribuye.

Situándose en la desembocadura del Orinoco —costa septentrional de América del Sur—, si se navegase junto a la costa y en dirección noroeste, se llegaría inmediatamente a la isla de la Trinidad. Desde ésta hacia el norte hay todo un rosario de casi diminutas isllas, las llamadas Pequeñas Antillas, entre las cuales destacan la Martinica y la Guadalupe. Poco después, doblando hacia el oeste aparecen Puerto Rico, la antes llamada Isla Española, Jamaica y Cuba, que componen las Grandes Antillas, de las cuales la antigua Española está hoy dividida en dos Estados soberanos: República Dominicana y Haití; la de Puerto Rico constituye lo que según su ley fundamental, se llama un «Estado Libre Asociado», y Jamaica es una posesión inglesa. El extremo occidental de la isla de Cuba se dirige hacia el sur y avanza en este sentido hacia el extremo noreste de la península de Yucatán, que forma parte de los Estados Unidos Mexicanos. Al sur de éstos comienzan las repúblicas centroamericanas: Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador (que no tiene costas al Atlántico), Costa Rica y Panamá, que se une con la porción más septentrional de Colombia, a cuyo oriente se extiende la costa venezolana.

Todos los territorios mencionados acotan una definida porción de geografía americana, en cuyo interior queda prácticamente cerrado un mar que, por su situación, es un mar mediterráneo, es decir, situado en medio de tierras y que se suele llamar Mar de las

Antillas o Mar Caribe. Zona caribe o, simplemente, Caribe es, por tanto, la formada por las tierras que ese mar baña, y sobre el mundo político de esta zona va a versar el presente estudio.

Hay que añadir que esta zona del Caribe aparece en conexión directísima con la que forma el golfo de México, que puede considerarse también como otro espacio marítimo interior, cuyas son las aguas que lamen la costa oriental mexicana y la meridional de Estados Unidos hasta el saliente de península floridana, que avanza sobre Cuba, de la cual se halla separada por el estrecho Canal de la Florida.

He aquí, pues, la delimitación geográfica de lo que se ha llamado el Caribe. Hasta qué punto este término pueda amparar, como la geográfica, una unidad económica y estratégica, es problema que no debe dilucidarse aquí. No obstante, parece legítimo decir, en este aspecto, que la técnica más reciente ha tenido que afectar, al menos en parte, a las anteriores concepciones acerca de las posibles unidades regionales americanas. Me refiero, naturalmente, al tema de las comunicaciones y al de la defensa, pues los instrumentos de que hoy dispone el hombre han acortado considerablemente las distancias, y ya es sabido, por otra parte, que el mar no siempre separa las tierras situadas en sus orillas opuestas.

Exite, en cualquier caso, una cierta unidad, que permite, a mi juicio holgadamente, hablar de un mundo del Caribe. Y es de esta unidad de la que va a analizarse ahora el acaecer político durante los últimos treinta años.

## LOS DOS MITOS

Cuando el triunfo de la revolución de octubre de 1944 obligó a salir de Guatemala a su ex-dictador Jorge Ubico, cuentan que éste dijo a quienes lo expulsaban estas palabras: «Es una injusticia que me echen como a un perro. Pero ahora que se han dejado meter en esta aventura, muestren que poseen valor suficiente para llevarla adelante. ¡Y estén alertas contra los comunistas y los conservadores!»

Interesa subrayar en esta declaración —que parece cierta—, las últimas palabras: «¡Y estén alertas contra los comunistas y los conservadores!» Debe advertirse, ante todo, que quien pronunció esta frase era militante del partido liberal y había ejercido la je-

fatura del Estado guatemalteco, durante trece años, de 1931 a 1944, al modo de un rey absoluto. Pero prescindiendo del sentido literal de las palabras y descargando a los conservadores guatemaltecos de la interpretación peyorativa de que Ubico les hacía objeto, el consejo del ex-dictador para que sus enemigos triunfantes se librasen de comunistas y conservadores, puede ser válido por cuanto señala y cita los dos tipos de extremismo entre lo que se ha movido, a la manera de un péndulo, la política hispanoamericana y, más concretamente, la de los países de la zona Caribe desde la apertura del período Nacional de su Historia: de la anarquía a la dictadura; de ésta a la anarquía de nuevo.

He aquí, en síntesis, la herencia política recibida por los gobernantes hispanoamericanos del Caribe al comenzar la cuarta década del siglo actual. Al mismo tiempo, una innegable y casi siempre nociva influencia angloamericana; una corriente todavía muy generalizada de animadversión contra España, especialmente, dentro de las Antillas, en Cuba y en Puerto Rico, y en Centroamérica una doble corriente de sentidos opuestos, unas veces hacia la integración unitaria en una federación de los seis países y otras en busca de la más sólida cimentación de las respectivas separaciones desintegradoras.

Pero de esta compleja herencia política, interesa ahora recortar tan sólo, si bien nítidamente, el binomio anarquía-dictadura, que es típico del desenvolvimiento histórico-político de aquellos países. Recuérdense las causas de su aparición. Los ideólogos decimonónicos se dedicaron a vestir a los pueblos de América un traje político prefabricado, que no convenía de ningún modo a la realidad histórica, cultural, social y económica de esos mismos pueblos. La consecuencia inmediata de este desajuste políticosocial era el divorcio entre el mundo real y el mundo oficial y, con ello, la anarquía, el caos. No es posible ahora medir hasta qué punto la anarquía fue fomentada por la Unión angloamericana ni qué objetivos perseguía ésta al procurar mantener el desorden. Se dirá, pues, solamente que la anarquía provenía del desajuste entre la estructura real de cada país y el sistema político que a ella se aplicaba, y que siempre era cortada violentamente por medio de un golpe de Estado militarista o de una revolución dirigida por una personalidad fuerte, que se erigía en caudillo y gobernaba después como dictador.

De estos caudillos y dictadores hay que decir, en primer término, que solían representar auténticamente a su pueblo, del cual

procedían directamente. Eran, en verdad, no sólo representantes, sino ciertamente representativos de sus respectivos pueblos, y de ahí el apoyo decidido, a veces ciego y reverencial, que recibían y que tanto les ayudaba, primero a vencer y después a gobernar. Pero el gobierno ejercido de modo absoluto y sin limitación moral ni temporal acaba corrompiendo a quien lo ejerce o requiere que éste tolere e incluso fomente la corrupción de sus colaboradores —y a veces de sus enemigos también— para basar sobre ella el poder personal e indiscutido. Y las dictaduras hispanoamericanas acabaron, por regla general, en la más destructora corrupción y en la mayor vileza. Para terminar este estado de cosas, un doctor o un licenciado demócratas echaban mano de un *espadón* ambicioso, que se *pronunciaba* contra el Gobierno dictatorial mediante un cuartelazo y un manifiesto político redactado por el doctor, del mismo modo que antes el dictador *habíase pronunciado* contra la democracia liberal con la ayuda de otro *plan* o documento escrito, que contenía las bases o los principios esenciales que iban a informar su acción política. El círculo vicioso anarquía-dictadura estaba establecido y parecía enjaular en su interior el destino de las nuevas repúblicas.

No es muy fácil decidir, de un modo general, si los pueblos hispanoamericanos se han liberado ya de esa cárcel política. Habría, para ello, que concretar cada caso distinguiéndolo de los demás. Pero sin exceder la intención panorámica que preside este estudio, cabría decir que quizá sea, precisamente, el área caribe la zona americana donde están los países que más padecen todavía ese régimen de alternancia política entre anarquía y dictadura, aunque el modo cómo hoy se produce sea distinto al que presentó en el transcurso del siglo pasado o durante las dos o tres primeras décadas del actual.

Consecuencia de estas nuevas condiciones es la aparición de dos mitos políticos diferentes y opuestos entre sí: el mito de la dictadura y el mito de la democracia, con sus respectivas y también irreconciliables contrafiguras: el conservador, cuya contrahechura es la dictadura, y el liberal-demócrata, a veces filomarxista, cuya forma política es la democracia y cuya contrafigura es el comunismo. Recuérdense otra vez la frase de Ubico: «¡Y estén alertas contra los comunistas y los conservadores!», y se verá cómo en ella aparecen enunciados, aunque de modo un tanto impreciso, esos dos mitos. ¿Cuál es el contenido de cada uno de éstos? Veámoslo bre-

vemente empezando por el que he llamado mito de la dictadura.

Para quien está incurso en esa específica y unilateral manera de considerar la realidad política de los países del Caribe, éstos presentan una estructura tal, que les veda el normal ejercicio del sistema democrático. Carentes de la mínima educación cívica exigible, los pueblos de esa zona deben ser dirigidos por una mano experta y fuerte que los oriente e ilustre hasta que alcancen la madurez, experiencia y conocimientos propios de la mayoría de edad política. Mientras tanto, la clase culta y económicamente poderosa debe regir los destinos nacionales respectivos, ante todo en su provecho clasista y, después, en beneficio de la masa, aunque en la casi totalidad de los casos este segundo propósito se olvide o no figure en el programa gubernamental. Con arreglo a estas ideas, el mando es ejercido por los capitalistas, bien directamente, bien a través de determinados «hombres fuertes», que siéndolo tan sólo en la medida en que respetan y obedecen a las oligarquías dominantes, gobiernan al dictado de éstas y a su amparo obtienen pingües beneficios. Mas como quiera que los países en cuestión están insuficientemente desarrollados desde el punto de vista económico, y han fiado su progreso a la inversión de capital extranjero, angloamericano casi siempre, aquellos capitalistas suelen depender, a su vez, de las grandes compañías estadounidenses, las cuales tratan de asegurar las concesiones y ventajas recibidas apoyando en los gobiernos de quienes las recibieron e impidiendo, hasta donde les es posible, cualquier cambio de situación y, desde luego, cualquier brusquedad revolucionaria, que afectaría a sus privilegios, o a la seguridad personal de sus empleados y a la integridad de los bienes e instrumentos materiales que instalaron en los territorios respectivos. Debido a varias causas que se mencionarán más adelante, hoy —un hoy que ya ha cumplido varios años— aparece un agente esencialmente subversor del orden así establecido: el comunismo. Y he aquí ya el *slogan* propagandístico de la demagogia yanquizante en esos países: toda alteración de la paz conservadora, así sea promovida para satisfacer las más racionales y jutas necesidades nacionales, se debe a maniobras y agitaciones comunistas.

Clara es, en muchas ocasiones, la exactitud de este diagnóstico político. Pero es de justicia reconocer, en este punto, que la miopía de la derecha caribe —y, en general, de la derecha hispánica— ha permitido al marxismo comunista enarbolar unas banderas reivindicadoras que nunca debieron caer en sus manos. Por otra parte, la

frecuente torpeza característica de la acción estadounidense en esta zona de América ha venido favoreciendo la protesta y la repulsa contra los Estados Unidos, que no siempre están movidas por los rojos, de dentro o de fuera, ni tampoco por el interés de otras potencias, sino que encuentran adecuado vehículo, simplemente, en un limpio y bien orientado nacionalismo, que es de alcance continental o hispanoamericanista.

La salvación, en cualquier caso, contra todo desorden radica, pues, para los gobernantes del tipo que se acaba de describir, en el mito de la dictadura; es decir, en la consideración del gobierno fuerte como la panacea universal de todos los males. No quisiera yo, sin embargo, caer en un esquematismo simplista. He de advertir, por ello, que no son sólo yanquizantes los defensores de la dictadura, sino que también los hay hispanistas, europeizantes o simplemente «bárbaros» —llamando así a los que buscan exclusivamente su medro personal y la satisfacción de sus ambiciones de mando—, así como tampoco pertenecen todos al tradicional partido conservador, pues ya es sabido —y más adelante quedará demostrado— que ha habido grandes dictaduras liberales. Incurriría, por tanto, en un cierto tipo de analfabetismo quien pretendiera identificar las dictaduras del área caribe con la influencia estadounidense en esa zona, pues tales regímenes políticos son efecto de causas más variadas y, sobre todo, más hondas, entre las cuales no puede olvidarse la propia estructura social de aquellos países. Pero contra todas y cada una de tales encarnaciones dictatoriales se alza, en la orilla opuesta, el mito de la democracia. ¿Qué notas fundamentales integran y caracterizan este nuevo mito?

Cae dentro de este otro unilateral y tendencioso modo de juicio político quien considera el liberalismo o lo que ahora se llama democracia como el remedio único y más general de todas las enfermedades políticas y sociales. Como el mito de la dictadura, este otro mito de la democracia cuenta también con siglo y medio de historia, aunque procede de una fuente distinta. Su origen está en los ideólogos decimonónicos, y en su doctrinarismo inflexible, según el cual determinados principios políticos tenían la virtud de remediar los males por sí mismos e independientemente de su posibilidad de aplicación a la realidad social. La regla básica de esa ideología se hallaba y se halla en la libertad, concepto dotado por estos doctrinarios de una especie de poder mágico y que había y

hay que imponer a los pueblos incluso —trágica paradoja— por la fuerza.

El profundo y sustancial error de esta actitud, proveniente de un afán imitativo de lo francés y lo angloamericano, fue señalado a su debido tiempo por Bolívar, político esencialmente realista, quien en su *Memoria* a los ciudadanos de Nueva Granada, firmada por *Un caraqueño*, en Cartagena de Indias a 15-XII-1812, escribió estas palabras: «Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectividad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legisladores, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados» (1). Y en su discurso ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, afirmó que «el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política», y agregó que en «la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y, sobre todo útiles» no había que olvidar «jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teórica, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye» (2).

Pero si advertido, el lamentable error no pudo ser enmendado y acabó por destruir las bases mismas del orden social americano, como consecuencia de su implantación, a la cual colaboró eficazmente la acción de Estados Unidos, cuyos gobiernos vieron en el liberalismo un magnífico elemento de anarquización y debilitamiento, necesario para el más rápido éxito de sus intenciones imperialistas. Y lo curioso es esto: que quienes antes se vieron favorecidos y apoyados por el estímulo estadounidense, hoy no sólo rechazarían ese apoyo, sino que denuncian su presencia en el sostenimiento de los regímenes dictatoriales. La explicación de este fenómeno no es, sin embargo, empresa difícil para los actuales creyentes en el mito de la democracia. Según éstos, los angloamericanos auxiliaron al demoliberalismo caribe mientras necesitaron de-

(1) SIMÓN BOLÍVAR: *Obras Completas*. La Habana. Edit. Lex, 1947. II, 999.

(2) *Ibidem*, II, 1141 y 1143.

bilitar a las naciones de esa zona y dominarlas, y apoyaron después a las dictaduras para que éstas les asegurasen la conservación de ese dominio. Y no será necesario aclarar, por aquello de que «la peor cuña es la de la misma madera», que si quien piensa así es un yanqui, la crítica antiestadounidense puede ofrecer cómicos rasgos de parcialismo demagógico.

Esta es, en definitiva, la razón por la cual el liberal-demócrata de nuestro tiempo, muchas veces socializante o marxistoide y filocomunista, otras filocatólico, disfrazado de tal o auténtico democristiano tolerante y dado a la coexistencia, ve la causa de todos los males en la potencia yanqui, coloca el cartel de nazi-fascismo e imperialismo a todo lo que se oponga a la voluntaria o forzosa implantación de su credo político y llama a ésta «acción democrática», aunque para ejercerla con éxito se alie con las oligarquías y con el ejército y acuda al muy «democrático» recurso de la violación del sufragio, el mitín o la rebelión armada.

Hay que decir aquí también, por último, para evitar un simplismo deformante parecido al que se trató de soslayar más arriba, que quienes incurren hoy en el mito de la democracia pueden ser hispanistas, europeizantes —afrancesados, sobre todo—. «bárbaros» o indigenistas en la acepción política de este término, que suele tomar, casi siempre, la forma social-marxista o claramente comunista. Y también debe subrayarse que este indigenismo no pasa de ser, en la realidad al menos, una mera fórmula demagógica o un tópico electoral, que no ha llegado casi nunca a traducirse en una política efectiva de redención del indígena, tan apartado hoy y en situación tan miserable como aquélla en que lo dejara la alta burguesía que realizó la Emancipación.

La polarización de Hispanoamérica en estos dos mitos opuestos no es nada nuevo y que no haya sido advertido hace algún tiempo por otros escritores. Hace cinco años, por ejemplo, algunos la formulaban así: «En América se está librando un drama colosal. De un lado están los déspotas, con sus maquinarias de dominación, esparciendo el terror y sujetando a los pueblos. En la trinchera opuesta, militamos quienes creemos en los derechos populares y en la causa de la democracia.» Casi con las mismas palabras que he usado, señalan estas frases la situación propuesta y descrita en este trabajo. E incluso dichas frases terminan con un vaticinio para el próximo futuro: «La historia de América se va a llenar, en los años

futuros que ya perfilan sus fulgores de aurora, con los ecos de la tremenda lucha» (3).

Dos mitos, pues, dos plagas de verdadera insensatez, opuestas entre sí y equidistantes de la cordura y de la realidad de los pueblos del Caribe, cuyo es el cuerpo que las padece. ¿Qué exige y espera, mientras tanto, esa realidad en el orden político? No son, ciertamente, éstos el momento ni el lugar oportunos para ofrecer soluciones políticas para el futuro, y tal intento excede, por otra parte, del objetivo que aquí se trata de alcanzar, que no es otro que el de describir y dar razón del actual momento político en la zona del Caribe, donde coexisten los dos sistemas políticos ya analizados, es decir, la dictadura y la democracia. Avanzaré, no obstante, mi visión personal del futuro inmediato en ese orden de cosas, pero no sin antes hacer un repaso general del acaecer político en la zona del Caribe a partir del año 1930, fecha que puede ser tan arbitraria como todas las elegidas para los cortes en el suceder histórico, pero que no está tampoco carente, como se verá, de significación y simbolismo.

#### LA POLÍTICA DE 1930 A 1959

Se trata, pues, de acotar el segmento temporal de treinta años comprendido entre los de 1930 y 1959, ambos inclusive. En todo este lapso, distinguiré, no sólo para mayor comodidad metodológica, tres etapas o fases, cada una de las cuales me parece dotada de un contenido propio. Son las siguientes: 1.<sup>a</sup>, 1930-1943; 2.<sup>a</sup>, 1944-1949, y 3.<sup>a</sup>, 1950-1959. Todas estas fechas, excepto la que limita en su momentáneo final la tercera fase, tienen un cierto valor simbólico por cuanto cada una de ellas está elegida por ser la más cercana a la producción de algún acontecimiento significativo. Pese a ello, quizá no resulte inútil advertir del engaño inherente a toda periodización histórica, pues ya es sabido que las divisiones de la historia no empiezan ni terminan en un instante concreto, sino que las posteriores empiezan en las anteriores y éstas se extinguen a veces cuando ya las divisiones posteriores han comenzado.

---

(3) DOMINGO ALBERTO RANGEL: «Una interpretación de las dictaduras latinoamericanas» (en *Cuadernos Americanos*, México, septiembre-octubre de 1954, núm. 5, pág. 35).

Sin perder de vista, pues, los asincronismos y las complejidades con que se desenvuelve el proceso histórico y teniendo presente también que la materia de esta exposición no es propiamente histórica todavía, cabe admitir el tipo de periodización aquí propuesto. Comienza mi estudio en 1930, porque de esa fecha arranca el establecimiento en el Caribe de varios gobiernos fuertes o dictaduras, las cuales darán sentido y carácter a la primera de las fases enumeradas antes. En ese año, en efecto, subió al poder en la República Dominicana Rafael Leónidas Trujillo; en 1931, inauguró su gobierno en Guatemala Jorge Ubico; al año siguiente, Honduras eligió a Carias, y en 1937, Somoza comenzó su mando en Nicaragua. El Salvador, a su vez, continuaba gobernado por Martínez, uno de los más curiosos tipos de dictador hispanoamericano, y en Venezuela seguía la mano de Juan Vicente Gómez rigiendo a su voluntad los destinos del país hasta su muerte en 1935, en que le sucedió Eleazar López Contreras, continuador de su política autoritaria. Por lo que se refiere a Costa Rica, no sería difícil advertir en su proceso histórico-político una cierta tendencia al sistema de gobierno fuerte, que no empezó a hacerse sentir claramente sin embargo, hasta 1940 con el nacionalista Calderón Guardia. Del mismo modo, en Panamá también en 1940 sube a la presidencia Arnulfo Arias, nacionalista asimismo, contrario a los Estados Unidos y cuyas medidas —la de ampliar su período a seis años, y la censura de prensa, entre otras— fueron consideradas antidemocráticas y le ocasionaron la caída.

El caso panameño es, empero, como el de Colombia, distinto al de las demás repúblicas del Caribe, y a ambos hay que añadir, en esta primera fase, el de Cuba, pues en la Antilla mayor fue 1933, precisamente, la fecha del derrocamiento de Machado. Justo es advertir, empero, que en el derrocamiento del dictador cubano figuró Batista, que inauguraba así su actuación en la política isleña, no como dictador, pero sí como una prefiguración del hombre fuerte, como parece demostrar su fulminante carrera militar, que le llevó de sargento a coronel en tres meses.

No parecerá, pues, ilegítima, a la vista de los antecedentes expuestos, la conclusión declarada anteriormente al caracterizar de dictatorial la fase 1930-1944 de la política interior en los países del Caribe. No creo que baste, sin embargo, con la mera comprobación de la realidad del fenómeno, y parece obligado, por tanto, inquirir las causas que lo produjeron. No parece difícil el aceptar, entre

éstas, las relativas a la propia estructura social y a la herencia histórica recibida de las épocas anteriores por los pueblos hispanoamericanos en general. La dictadura nace, así, como un efecto natural de cuatro factores convergentes; a saber: la tradición indígena del cacicazgo, la organización feudalista y oligárquica de la sociedad, el militarismo político nacido de las guerras de Independencia, y la acción del democratismo liberal, que destruyó la estructura social y no supo dar a los pueblos un gobierno acorde con la realidad de éstos.

Pero esta explicación no es suficiente, por demasiado general y amplia, para dar razón del fenómeno dictatorial de que aquí se ha dado cumplido testimonio. La indagación de tal fenómeno ha de orientarse, pues, por otros derroteros, si más ocasionales, también más próximos temporalmente y, en consecuencia, privativos del lapso 1930-1943 que hemos acotado. Y esos derroteros nos conducen, a mi juicio, por una parte, a Europa; por otra, a Estados Unidos de Norteamérica. La historia política de Europa señala, en efecto, durante la década 1930-1940, una crisis del sistema liberal, que se manifiesta en una doble corriente: por un lado, la formación de los frentes populares, los cuales, pese a su ostensible etiqueta democrática, iban directamente orientados, bajo la inspiración socialista y comunista, hacia la destrucción del tradicional liberalismo capitalista; por otro lado —y éste fue el más efectivo ejemplo—, el evidente robustecimiento de los regímenes totalitarios, manifestado en la creciente extensión del poderío alemán y en el victorioso imperialismo italiano, resistente y triunfador de todas las sanciones de las democracias.

El ejemplo europeo era, pues, muy claro, y vino a confirmar su valor, aunque algo tardíamente, el caso de España, donde una sociedad más parecida que otras a la hispanoamericana había podido comprobar trágicamente el envilecimiento progresivo de la democracia liberal. Y contra el temor a caer en el narcisismo de mi propia tesis, debo recordar aquí, para reforzarla, la conocida creciente influencia alemana en América durante aquellos años, el auge del nacionalismo hispanoamericano y la indudable eficacia ejemplar del salazarismo portugués.

El otro derrotero que debe seguir la exploración del dictatorialismo caribe conducía, según dije, a los Estados Unidos de Norteamérica. La influencia política de este país sobre los de aquel mediterráneo americano ha de parecer, sin duda, mucho más clara. En

primer término, por la mucha mayor semejanza entre los sistemas de gobierno de los países caribes y el de la Unión angloamericana; además, por la también mayor proximidad geográfica entre los unos y el otro. No merece la pena de insistir en esta segunda causa. En cuanto a la otra, todas esas naciones tenían regímenes presidencialistas a imagen del estadounidense, y se daba el caso de que éste venía perpetuando en el poder a Franklin Delano Roosevelt, lo que permitía interpretar que el continuismo personalista era perfectamente compatible, al menos en teoría, con el más riguroso modelo democrático. Añádase a esto, por último, el hecho de haber sido el propio Roosevelt quien aflojó la rienda de la política estadounidense con Hispanoamérica —del «gran garrote» al «buen vecino»—, con objeto de paliar el creciente auge del nacionalismo, que se apoyaba en los ejemplos fascista y nacionalsocialista, y se tendrá un completo y claro esquema de la influencia del ejemplo yanqui en el fenómeno dictatorial del Caribe.

Estructura social propia y herencia política, por una parte; ejemplo europeo y angloamericano, por otra, constituyen, pues, a mi modo de ver, el conjunto de razones que explican la proliferación de las dictaduras en el área caribe durante la etapa 1930-1943. Añádase ahora, pasando al estudio de la naturaleza interna de esas dictaduras, que caería en grave error quien pensara que éstas procedían de la derecha política, del conservadurismo. Por el contrario, casi voy a afirmar que la mayor parte de los dictadores procedía del partido liberal, y no me dejarán mentir Barrios, Estrada Cabrera, Ubico, Somoza, Machado y algunos otros. Por lo demás, todos ellos, conservadores y liberales, son definibles por unos mismos rasgos característicos: mantienen a toda costa el orden interior de sus respectivos territorios nacionales, lo cual produce un evidente progreso en todos los aspectos; aceptan y protegen las inversiones del capital extranjero —especialmente angloamericano— con destino a la más amplia y efectiva explotación de la riqueza nacional, y en este punto hágase mérito de las célebres y muy discutidas, en sus efectos, Compañías yanquis; gobiernan en beneficio casi exclusivo de las clases económicamente fuertes y van gastando más o menos de prisa, hasta agotarlo por completo, el crédito de confianza que puso en ellos el pueblo al elegirlos, porque justo es recordar que no todos ascienden a la suprema jefatura del Estado en virtud de un golpe de fuerza, sino como resultado de unas elecciones todo lo libres que pueden ser en nuestros pueblos.

Pero corrompidos y traicionada, por tanto, la esperanza de la masa que creyó en ellos o de la oligarquía que los aupó —no se olvide que en unos jefes o caudillos de este tipo se cree antes que nada, o se les apoya por conveniencias clasistas—, los dictadores acaban cayendo empujados por la violencia y a favor de una nueva esperanza de regeneración. Hay, pues, una causa intrínseca a ellas mismas en el derrocamiento de estas dictaduras. Pero de nuevo salta aquí a nuestra consideración una larga serie de hechos coincidentes o coetáneos. Quiero decir que los regímenes fuertes de la zona caribe desaparecen —exceptuados los casos de la República Dominicana y, en menor porcentaje, el de Nicaragua— durante el transcurso de los seis años que van desde 1944 hasta 1949. Acudiré para probarlo a la enojosa pero inevitable enumeración.

El caso de Machado en Cuba constituye, como se vió más tarde, una excepción, pues su caída data de 1933. Las razones de su exoneración parecen claras, sin embargo. El general Gerardo Machado, liberal, siguió en su conducta política la línea de los autonomistas, quienes postulaban una acción de gobierno concorde con los intereses españoles o con los estadounidenses, con objeto de obtener las ventajas que unos u otros podían ofrecer. Como es claro, el grupo autonomista, que ya había aceptado la Enmienda Platt, se decantó siempre por una política favorable a Estados Unidos. Esto fué, precisamente, lo que produjo la caída de Machado en un momento —1933— de auge nacionalista, respaldado por el ejemplo europeo ya analizado. De este momento es representativa la figura del entonces sargento y en seguida coronel Batista, que se erigió en árbitro de la situación, que derribó a Grau San Martín, colocó en la presidencia al coronel Mendieta, inspiró o apoyó la abolición de la denigrante «enmienda», anuló a los grupos políticos favorables a Estados Unidos y, con todo ello, ganó la popularidad que le dió el triunfo electoral de 1940. No resultará extraño, por tanto, saber que Batista gobernó, de 1940 a 1944, con arreglo al ideal del nacionalismo, es decir, introduciendo las necesarias y convenientes reformas sociales, resistiendo las presiones económicas yanquis e incluso permitiéndose el lujo de aparecer como demócrata y hasta serlo casi por completo. Después, en 1952, ya no existían las condiciones de doce años atrás, y por eso el ya general Batista apareció en el escenario político cubano con una actitud muy distinta. Cuál fué la nueva situación y cuál el nuevo comportamiento del gobernante, y sus respectivas causas, se verá más adelante.

Por ahora, y visto ya el caso cubano, debe proseguirse la relación de dictaduras caídas en el Caribe a partir de 1944. En este mismo año Batista termina su período presidencial y deja el cargo a su sucesor constitucional. Al mismo tiempo caen Martínez en El Salvador y Ubico en Guatemala. En 1946, la Junta o Comité Militar de Haití, dirigido por Magloire, cede el paso a Estimé y se produce la agitación democrática de Fignoli. En Venezuela, tras el gobierno de López Contreras, que liberalizó su régimen obligado por la huelga general de febrero de 1936, pero que volvió a fortalecerlo dos años después y suprimió a la izquierda y deshizo todos los partidos, quizá como preparación a las elecciones, sube a la presidencia Isaías Medina Angarita, vencedor de Rómulo Gallegos. Durante su mando reaparecen los partidos: derecha conservadora, Partido Democrático —el gubernamental—, Acción Democrática, de Rómulo Betancourt, y Unión Popular Venezolana, comunista; aumentan notablemente la producción petrolífera y los ingresos del Estado por este concepto, y continúa languideciendo la agricultura. Pero, bien porque Medina Angarita tuviese la habilidad de enemistarse a la vez con la derecha y con la izquierda, bien por sus ocasionales alianzas con los comunistas, o bien por su mala política militar, favorecedora de los jefes peor preparados, y más probablemente por esto, lo cierto es que la oficialidad joven, amiga de Acción Democrática, constituyó un comité, presidido por Delgado Chalbaud, que organizó y llevó a cabo la revuelta que puso fin al mandato de Medina en octubre de 1945 y constituyó una Junta con Betancourt al frente, que dió paso a la elección, en diciembre de 1947, de Rómulo Gallegos para la presidencia de la República.

Nicaragua ofrece durante esta fase un caso peculiar y, hasta cierto punto, distinto de los demás, aunque no tan excepcional como el de Trujillo. Somoza, en efecto, seguía gobernando en 1944, momento en que empieza a perfilarse contra él, aparte de la oposición conservadora de Chamorro, la de su propio partido liberal, encarnada en Carlos Pasos. Pudo sortear, empero, los peligros a base de promesas antirreeleccionistas y de una atención especial a los problemas obreros. El signo de los tiempos, no obstante, iba configurándose en contra suya, y en febrero de 1947 convocó a elecciones presidenciales, que ganó, por designio de Somoza, el doctor Leonardo Argüello. Este demostró pronto —menos de tres meses después— que no era tan manejable como el jefe había supuesto, y fué destituido por el Congreso mediante la nota de «men-

talmente incompetente». Por fin, en agosto de aquel año, y tras nuevas elecciones, fué designado Presidente Víctor Román y Reyes, tío del hombre fuerte de Nicaragua, con lo cual Somoza siguió mandando, pese a su aparente retirada.

Poco queda ya que añadir a esta enojosa enumeración. Prescindiendo de Colombia, gobernada desde hacía tiempo por el partido liberal, que continuó al frente del Estado hasta 1948, es necesario referirse a Costa Rica, el país de más normal evolución política del Caribe. Allí es digno de subrayar un hecho casi insólito, por desgracia, en el panorama de nuestros pueblos: la Iglesia se ha colocado a la cabeza de la política social, gracias a la labor del arzobispo monseñor Víctor Sanabria y del joven sacerdote padre Benjamín Núñez, fundador y director de las Uniones «Rerum Novarum», sindicatos católicos verdaderamente ejemplares. Este dato ilustra, quizá, suficientemente acerca de la ausencia de agitación social en Costa Rica. Pero limitando la indagación al tema que se viene rastreando, hay que señalar en 1948 la aparición de Otilio Ulate y su campaña contra Calderón Guardia, que algunos interpretan en el sentido de una lucha de las fuerzas democráticas contra las dictatoriales, respectivamente, y tras de la cual resultan aquéllas vencedoras, debido en buena parte a la acción de Figueres, que ascendió a la presidencia en 1952.

Por último, el omnipotente Tiburcio Carías, presidente de Honduras desde 1932, se vió obligado a abandonar el cargo cuando moría el año 1948, y fué sucedido en la más alta magistratura del país por Juan Manuel Gálvez, elevado a la presidencia el 1 de enero de 1949, y que inició en seguida la liberación democrática del país.

¿Qué sentido cabe advertir en los cambios políticos operados en el área caribe entre 1944 y 1949? Conviene subrayar, en primer término, la simultaneidad con que dichos cambios se producen, ya que tienen lugar en el reducido lapso de poco más de un lustro. Por otra parte—repetámoslo—, es general y común a casi todos los países de la zona el derrocamiento de las dictaduras, con las solas excepciones de la República Dominicana y de Nicaragua, donde ya se explicó, sin embargo, que Somoza se vió precisado a liberalizar su régimen, al menos en la fachada política de éste. Ahora bien: ¿hacia qué regímenes o sistemas de gobierno se orientaron las nuevas situaciones políticas?

De la anterior exposición de los acontecimientos brota sin dificultad la respuesta a esta interrogante: todos los cambios, revolu-

cionarios o no, se dirigieron a la implantación de la democracia. Así ocurrió, como acaba de verse, en Haití, Venezuela, Costa Rica, Honduras e incluso en Cuba y en Nicaragua. Por lo que se refiere a El Salvador y Guatemala, solamente enunciados antes, sus respectivos casos señalan la misma inclinación de la balanza política. En El Salvador, la revolución de abril de 1944 contra Martínez estuvo dirigida por los oligarcas, que vieron sus ganancias en peligro cuando el dictador elevó los impuestos sobre las exportaciones del café. Dominada en un principio, la revuelta se produjo poco después bajo la forma de una huelga general, que dió al traste con la omnipotencia del jefe y elevó a la presidencia al general Menéndez, que pretendió resucitar el modelo del dictador derrocado y fué pronto sustituido por Osmín Aguirre, jefe de la Policía. Este tuvo que enfrentarse con una huelga absoluta, dominada en seguida, y con un intento de invasión dirigido por Molina, que había sido designado presidente por la Suprema Corte de Justicia y que fracasó en su tentativa. Estos hechos alentaron, sin embargo, la corriente democrática, y Aguirre celebró elecciones presidenciales, que ganó el coronel Castañeda Castro, jurado presidente el 1 de marzo de 1945 y restaurador de la nueva legalidad democrática.

Guatemala, por su parte, constituye un caso aún más claro en este aspecto, porque allí al dictador derribado fué a sucederle, en último término, un hombre civil; más aún: un intelectual. La revuelta que arrebató a Ubico su alta magistratura sucedió en junio de 1944, y a fines de ese mes se constituyó un triunvirato dirigido por el general Ponce, que en julio alcanzó la presidencia y comenzó a preparar las elecciones. Dos partidos tradicionales se dispusieron a disputarse éstas: los demócratas presentaron a Juan José Arévalo, a quien apoyó el comunismo, como demuestra el hecho de figurar a su lado, en calidad de «mano derecha», Jorge García Granados; los conservadores, a su vez, postularon al conocido historiador Lic. Adrián Recinos, después embajador en Madrid. Pero en la noche del 19 al 20 de octubre se produjo contra Ponce un golpe militar, dirigido por un capitán Arbenz y determinado por las reales o supuestas persecuciones de Ponce contra los demócratas, quienes denunciaron los intentos del primer magistrado para continuar en el poder. No sé si está muy clara la veracidad de estas imputaciones. En cualquier caso, no deja de resultar paradójico que un movimiento amparado bajo el lema «Constitución y Democracia» no esperase la celebración de las elecciones para comprobar si la legalidad iba a

ser respetada o no e interrumpiera el normal desenvolvimiento político mediante el odiado instrumento de una subversión militar. Triunfante ésta, las elecciones fueron garadas, naturalmente, por los que se llamaban a sí mismos demócratas, y en diciembre de 1944 subió a la presidencia el profesor Arévalo.

Parece, pues, absolutamente claro el sentido y la orientación implícitos en todas estas luchas y victorias antidictatoriales, a saber: la implantación de la democracia. ¿Deseaban los pueblos este cambio? Probablemente, sí, debido a la creciente corrupción de las dictaduras. Pero, por de pronto, lo deseaban los titulados demócratas. Uno de ellos—de los más parciales y apasionados, por cierto—ha expresado tal deseo con las siguientes ilusionadas e ilusas palabras: «Se criaban en todas partes esperanzas. Desde los escondrijos en donde los soñadores de democracia luchaban por hablar, por mover a las juventudes, por inculcar alguna fe a los campesinos, a los obreros, se proyectaban redenciones. Llegaría el día en que podríamos coser el gran cuaderno americano, con páginas de colores, para enseñarle al mundo un continente sin capitalistas y con riquezas, sin injusticias y con libertades, con paz y sin miedo. ¡Qué alborozo más grande! El miedo iba a salir de nuestra tierra. Le hablaríamos a los Estados Unidos sencillamente, cordialmente, sin bajar la cabeza, sin doblar la rodilla: con dignidad, sin petulancia. A Europa la veríamos como a un mundo maravilloso, del cual ya no íbamos a ser colonia. Hasta las cosas de Asia tendrían en nosotros un intérprete honesto: no nos envolvería el vaho de una magia mongólica» (4).

¡Qué lástima—cabe añadir, comentando este cuadro paradisíaco— que no fuera verdad tanta belleza! Pero volvamos al proceso real y preguntémonos por qué cayeron las dictaduras. Algo se ha insinuado ya en orden a la resolución de este problema. Las dictaduras, en efecto, surgidas de la necesidad social de poner fin al caos, acabaron en una intolerable corrupción, que hizo necesario y deseable el remedio de la democracia, aunque ésta viniese por el camino de la cirugía. Esta razón sola no basta, empero, para dar razón del fenómeno que aquí ha sido presentado. Porque este argumento deja aún en la sombra la explicación de la simultaneidad de la caída dictatorial, es por lo que aquella interrogación requiere otro tipo, más

---

(4) GERMÁN ARCINIEGAS: «América descuadrada» (en *Cuadernos Americanos*, México, marzo-abril de 1952, núm. 2, pág. 30).

profundo, de respuesta. ¿Fué, pues, puramente casual la visible coincidencia temporal de esos acontecimientos? Evidentemente, no, porque la repetición de las casualidades parece avisar ya de la existencia de una razón subyacente y común a todas ellas. ¿Cuál es entonces, esta razón oculta?

Salgamos otra vez del Caribe y contemplemos con visión panorámica el estado que ofrecía Europa hacia 1944, año que señala el comienzo de la etapa democratizadora. Todo el mundo de entonces estaba pendiente de la terminación del conflicto armado más universal y pavoroso que jamás padeciera la humanidad. La guerra había entrado, en efecto, en su agonía y la acompañaban en sus estertores las potencias del Eje, las fuerzas antidemocráticas. Frente a ellas, lo victoriosos representantes de las democracias estaban demostrando al mundo, por lo menos con la razón de su fuerza; la excelencia de su cosmovisión y del sistema político por el que se regían. La situación era, por tanto, la exactamente opuesta a la de la etapa anterior. Crisis, entonces, del democratismo liberal; definitivo ocaso, ahora, de los regímenes dictatoriales.

No parecerá ilógico, en consecuencia, afirmar que la nueva y ascendente ola democrática alcanzó de lleno a los Estados del Caribe y arrastró a su paso a los dictadores que antes habían ocupado la corriente contraria. Piénsese, por otra parte, que era aquél el momento eufórico en las relaciones soviético-estadounidenses, cuando la inconsciente alegría de Roosevelt regalaba al nuevo imperialismo occidentalista de los rusos la mitad de Europa y casi nadie veía nubes rojas en el horizonte. Más que nunca, la ausencia del peligro permitía abrir la mano en el nuevo continente. Los dictadores del viejo mundo habían mordido el polvo y pagado con su vida sus propios excesos. ¿No iban a satisfacer, a su vez, con la suya los tiranos de América?

Así ocurrió, en efecto. Pero la euforia de los años 1945 a 1948 fué apagándose paulatinamente. La luna de miel yanqui-rusa terminó con la rapidez con que suelen terminar casi todas esas dulces lunas y estalló pronto la primera violencia: «El bogotazo». El 9 de abril de 1948, estando reunida en la capital de Colombia la IX Conferencia Internacional Americana —una de las más trascendentales, sin duda, de este tipo—, estalló una sangrienta revolución que estuvo a punto de paralizar la actividad de la asamblea. Muy tensa estaba, desde meses atrás, la situación política interna de Colombia, donde gobernaban, a partir de 1946 —antecedente de la

tercera fase, en que aún nos hallamos—, los conservadores, pero con mayoría liberal en la Cámara desde 1947. Esta mayoría venía obligando al presidente Ospina a formar un Gabinete de «unión nacional» con representantes de los dos partidos. Pero en 1948 el primer magistrado constituyó un Gobierno totalmente conservador, con objeto de presentar una completa homogeneidad ante la inmediata Conferencia. Tal decisión —que resultaba ya impuesta, además, por la actitud intransigente del líder liberal Jorge Eliazar Gaitán— empezó a perturbar los ánimos, y en esta situación sobrevino el asesinato de este jefe, acto de difícil esclarecimiento, que marcó la iniciación de la revuelta.

Se sabe con seguridad, sin embargo, que en la revolución tomó parte activa el partido comunista, y ello inicia una nueva etapa de creciente temor a los rojos, cuyas son las actividades subversivas que, sobre todo desde entonces, trata de impedir en América el Gobierno estadounidense y que quizá sirvan a éste de pretexto, algunas veces, para otras intervenciones menos claramente fundadas. Unase a esto la progresiva separación y enemistad entre Rusia y Estados Unidos, y quedará explicado el nuevo auge de los gobiernos fuertes en la zona del Caribe, donde la poderosa nación septentrional tiene intereses vitales.

He aquí, pues, una de las razones en virtud de las cuales han ido afirmándose o apareciendo en el Caribe, desde 1950, los gobiernos fuertes. Estos son los casos de Somoza en Nicaragua —después de su muerte continuado por su hijo—, Trujillo, Pérez Jiménez en Venezuela, Rojas Pinilla en Colombia, Batista otra vez en Cuba y Duvalier en Haití, y ésa es también una parte de la explicación de la nueva actividad de Carías en Honduras —en 1952—, de la caída de Arbenz en Guatemala y de la derrota electoral de Figueres en Costa Rica. Y como quiera que son los Estados Unidos la potencia que acaudilla la lucha anticomunista y la que dota de armamento a los citados países, los seguidores de lo que llamé «mito de la democracia» no desperdician ocasión de acusarlos de favorecer el militarismo caribe ni de argumentar —demostrando una insensata simpatía por las conjunciones adversativas— que no son armas lo que aquellos Estados requieren, sino modernos aperos de labranza, como si una cosa excluyera a la otra y no sirviera de nada el modelo de las naciones más fuertes del planeta, que atienden a los dos objetivos con bien visible celo.

La creciente tensión soviético-estadounidense obliga, pues, a es-

tas naciones a armarse y armar a sus respectivos aliados. Pero sería erróneo suponer que esa tensión y el aumento del militarismo que ella necesariamente produce constituyen las únicas causas del progresivo fortalecimiento de los regímenes políticos en el Caribe a partir de 1950. Al igual que en las etapas antes analizadas, en el desarrollo de los acontecimientos que comprende esta tercera fase intervienen otros factores de orden interno. Ocupa entre ellos el primer lugar el fracaso de los sistemas democráticos durante el lapso 1944-1950. En la imposibilidad de estudiarlo en cada una de las naciones del área acotada, lo haré en los tres casos que estimo más notorios: Venezuela, Guatemala y Cuba.

El ejemplo de Venezuela es uno de los más claros y su exposición no requerirá mucho espacio. Rómulo Gallegos ascendió a la presidencia, como ya se dijo, en diciembre de 1947, a consecuencia de la revolución de dos años antes, realizada por la alianza del partido de Acción Democrática y un amplio sector del Ejército, del que fué cabeza Delgado Chalbaud. Pues bien: júzguese de la excelencia del nuevo régimen democrático sabiendo que el 24 de noviembre de 1948, menos de un año después de su ascensión, el ejército tuvo que intervenir, y fué el propio Delgado Chalbaud quien expulsó a Gallegos. Ya oigo la voz del mito democrático cargando a la ambición y felonía de ese jefe militar la culpa de estos sucesos. Mas cabe preguntar, si ello fué así, cómo explicarse que quien en 1945 tuvo poder bastante para derribar a Molina, y prestigio y popularidad suficientes para hacerlo respaldado por la mayoría, careciera de ambición entonces y ésta se le despertara, en cambio, en el preciso instante en que mayor repulsa iba a cosechar sublevándose y en que le era forzoso suponer, tras de casi tres años de regeneración democrática, que iba a contar con menos fuerza. Realmente, la ingenuidad o la vileza de quien así argumente es sólo comparable con la que éste necesita atribuir al jefe sublevado para explicar su acción. Pero no es por ahí por donde hay que buscar la causa de ésta, que se encuentra en el fracaso político del gobierno Gallegos. Por fin, el golpe de Delgado Chalbaud dió paso, tras algunas vicisitudes, al gobierno del coronel Marcos Pérez Jiménez, derribado después por un movimiento de tipo democrático, llevado a feliz término por los dos partidos más importantes de esta tendencia: Acción Democrática y el Partido Social-Cristiano Copey.

Similar al venezolano es el caso de Guatemala. Aquí ya se vió cómo, derrocados Ubico y su inmediato sucesor, Ponce, fué elegido

presidente Juan José Arévalo, a quien siguió, transcurrido el período legal, el ya coronel Jacobo Arbenz, que había sido el jefe militar del movimiento antiponcista en octubre de 1944. El último resultado de ambas gestiones políticas arroja un saldo nada confortador; desastre en las finanzas del Estado, paro obrero, pobreza en el campo, corrupción administrativa, persecuciones y asesinatos, demagogia marxista a base de una suerte de «mística de las reivindicaciones», que careció, empero, de efectiva traducción absoluta en la práctica. Por lo demás, se ha discutido mucho acerca del comunismo de Arbenz. No me parece ésta una cuestión tan trascendente como a quienes creen en el mito de la dictadura, pero sí la considero resuelta a favor de la *filia* arbenzista a ese partido, del cual era, al parecer, miembro activo su esposa. En este sentido, correré el riesgo de aventurar una tesis, basándome para ello, no sólo en la política del ex presidente guatemalteco, sino en su psicología y origen personal. La enunciaré, sin embargo, mitigándola entre interrogaciones: ¿Podría ser llamado Arbenz un «Tito» de Guatemala? En cuanto a la imparcialidad y asepsia intelectual del profesor Arévalo, y como índice expresivo de su exaltada protección a la cultura, puedo aportar un dato poco conocido: Arévalo y su régimen fueron quienes prohibieron, hacia 1946, la entrada en Guatemala de un eminente historiador español del Arte, quien, sólo tras laboriosas gestiones y cuando un llorado colega mexicano ridiculizó la actitud arevalista diciendo en la prensa que más perdía Guatemala sin aquel profesor que éste sin Guatemala, pudo entrar en el país y estudiar sus monumentos artísticos.

Pues bien: contra esta desastrosa situación general se alzó triunfante, en 1954, el «movimiento liberacionista» del coronel Carlos Castillo Armas, sobre quien recayó en seguida, como era de esperar, el dictorio de tirano, traidor vendido al oro yanqui y reaccionario. Quien así habló en aquella coyuntura fué, naturalmente, el oráculo de la democracia, que siempre ha identificado consigo mismo toda idea de revolución. Pero Castillo Armas representó una línea ideológica muy distinta. Precisa advertir, en primer término, que independientemente del «Plan de Tegucigalpa», inclusivo de un ideario de tipo general, los «liberacionistas» formaban un «mosaico ideológico», en el cual no faltaba, desde luego, la piecicita representativa de quienes propendían a ver comunistas en todas partes. Esta afirmación debe ser correctamente interpretada. Había, sin duda, anti-comunistas, y anticomunista era, en general, uno de los catalizado-

res del variado grupo liberador. Pero lo verdaderamente importante de éste no era esa condición, negativa al fin y al cabo, sino el pensamiento del jefe, aunque no siempre fuera bien entendido por sus hombres. Ese pensamiento es claro y conocido gracias a la casi machacona reiteración con que el propio Castillo Armas lo expuso durante su corta gestión gubernamental. Castillo Armas, en efecto, había sido arevalista en 1944 y siguió siéndolo después, pero no en el sentido de afecto a Arévalo y a la política por éste realizada, sino en lo que esta directriz política, de que dicho ex presidente empujó siendo representante, se oponía a la arbitrariedad y la corrupción finales de la dictadura ubiquista. Hubo, ciertamente, contra ésta un movimiento popular hasta cierto punto, determinado por el común deseo de libertad y de justicia. Arévalo encarnó en su momento inicial—entre junio y octubre de 1944—esas aspiraciones, pero después defraudó a todos los que esperaban una auténtica regeneración: la que comenzó de un modo efectivo Castillo Armas. Este, por lo demás, precisó también el alcance de su propia confesión arevalista en la Junta del 7 de junio de 1957. He aquí sus palabras:

«En una oportunidad se habló de la relación que había entre el movimiento revolucionario del 20 de octubre y la Liberación. Yo les dije que nosotros, los hombres de [la] Liberación, somos los que estamos cumpliendo con las aspiraciones del pueblo de Guatemala manifestadas en 1944. Y exageré un poco más al decir que nosotros éramos, en cierta forma, la revolución del 20 de octubre... La Liberación, realmente, es un movimiento social, político y económico con características propias. Muchos de esos principios, muchos de los puntos de su programa son los mismos de que se habló en 1944, porque no pasaron de ser letra muerta en manifiestos, en programas o en discursos. No puede ser de otra manera, porque nosotros no vamos a inventar principios, es decir, no vamos a inventar una nueva libertad, una nueva justicia, una nueva democracia... Pero lo que nos da características propias es el enfoque de cada problema, de cada uno de los vastos problemas que pesan sobre el pueblo de Guatemala» (5).

Entrar en el examen pormenorizado de las realizaciones de Castillo Armas es algo que me veda el espacio de que aquí dispongo.

---

(5) Véase MARIO EFRÉN NAJERA FARFÁN: *Cuando el árbol cae...* (*Un Presidente que murió para vivir*). Guatemala, [impreso en México, en los talleres de Editorial Stylo], 1958, págs. 43-46. La cita copiada, en págs. 45-46.

Pero lo que interesa resaltar de todo ello es su razón de ser inicial, es decir, el fracaso de los anteriores años de democracia. Y es que en los países del Caribe como en todos los de Hispanoamérica, la democracia no ha pasado de ser, muchas veces, una mera ficción, un disfraz. Y esto es lo que fué también en la Cuba de 1944 a 1952, lo cual explica satisfactoriamente el papel asumido por Batista en esta última fecha.

Se recordará que durante su primer período presidencial, de 1940 a 1944, el entonces coronel Batista adoptó y desarrolló un sistema político más bien liberal, aunque de afirmación nacionalista frente a Estados Unidos. En cambio, ocho años después, cuando en marzo de 1952 dió el golpe contra Prío Socarrás tan sólo tres meses antes de las elecciones, en las que era candidato del partido liberal, empezó casi inmediatamente a gobernar en plan de dictador. ¿Cuál fué el motivo de cambio tan radical? De nuevo el oráculo democrático tiene una sencilla respuesta al alcance de su mano: se vendió, traicionó; se vendió al oro estadounidense y traicionó a Cuba. Resulta muy chocante, sin embargo, que un hombre se venda después de tener dinero y no antes, como parece lo lógico. ¿No le hubiera sido a Batista mucho más fácil y más necesario venderse siendo sargento que cuando era general, senador y ex Presidente? De nuevo es otra la razón del cambio y ha de buscarse en el lapso 1944-1952, durante el cual los gobiernos cubanos, especialmente el de Prío Socarrás, demostraron hasta qué grado de inmoralidad, de corrupción y de vileza puede llegar una «democracia» en el Caribe. Y fué contra este desastroso estado anterior y también contra la inevitable secuela comunistoide que le acompañó contra lo que se alzó Batista en 1952. El pueblo, por lo demás, lo acogió bien. Yo fuí testigo en la Habana, a fines de junio de aquel año de las esperanzas populares, cuya forma más fría de expresarse fué la actitud expectante. De ahí el que sea fácil explicar, sin necesidad de acudir al manido expediente de las violaciones electorales, su triunfo en 1953, aunque no se ponga en duda el uso a su favor de la ventaja que le daba el realizar las elecciones desde el poder. En cualquier caso, la baza principal de Batista en aquella ocasión fué su propio prestigio, que todavía era auténtico y no pequeño, sobre todo junto al desprestigio de los demás políticos, el cual se vió bien claro a la hora del triunfo fidelista, ya que casi ni uno solo de aquéllos ha tenido ni tiene la menor influencia efectiva en el Movimiento del 26 de julio, al menos hasta ahora.

¿Cuáles fueron, según esto, las causas de la definitiva caída de Batista? Entre 1953 y 1958 el dictador perdió la cabeza. Como era de esperar, la oposición que halló en seguida entre los grupos políticos fué enorme. Ello le llevó a realizar una política democrática al principio, para hacerse perdonar por sus enemigos, lo cual produjo enorme confusión y descontento entre sus amigos, debido a su conducta indecisa. Por otra parte, sin tomar conciencia de su propia indecisión, empezó a creerse insustituible y a supervalorar sus propias fuerzas. Por último, no sólo permitió la corrupción de sus colaboradores —Masferrer, Ventura, Pilar García, Carratalá, etcétera—, sino que él mismo se corrompió hasta hacerse intolerable y contribuir de este modo a su propia caída. Si a todo esto se agrega, por último, su muy deficiente labor en el campo de la política social, se tendrá ya el cuadro completo de los motivos que originaron el derrocamiento de Fulgencio Batista.

Venezuela, Guatemala y Cuba constituyen, pues, tres claros índices de lo que se ha llamado el fracaso de las democracias durante la etapa 1944-1949. En un orden de cosas paralelo a éste, cumpliría aludir al problema del militarismo colombiano, que fue una radical novedad en un país de larga y beneficiosa tradición civilista en la esfera política. Colombia venía siendo regida, desde hacía años, por el partido liberal, pero en 1946 los conservadores ganaron las elecciones presidenciales y ocupó Ospina Pérez la primera magistratura de la nación. Ya se dijo antes que desde 1947, sin embargo, el triunfo liberal en las elecciones de diputados obligó a Ospina a gobernar con un Gabinete de coalición conservadora-liberal. La transformación de éste en sólo conservador, motivada por la reunión de la Conferencia Panamericana de Bogotá, y la actitud del líder liberal Gaitán, fué el pretexto de una protesta que tomó pronto caracteres de revolución y guerra civil con el asesinato de aquel político, y que vino a producir una situación de violencia desconocida en el país desde la época de la llamada «Guerra de los Mil Días».

Las graves discordias internas entre conservadores y liberales se prolongaron durante todo el período presidencial de Ospina y durante el de su sucesor, Laureano Gómez, que subió a la presidencia en 1950, pero pronto hubo de dejarla debido a una grave afección cardíaca, que le obligó a resignar el mando en Urdaneta, quien lo ejerció a título de encargado del poder ejecutivo. La situación fué agravándose rápidamente hasta determinar la vuelta de Gómez

al poder. Pero la misma mañana en que el jefe conservador reasumía el mando, el general Rojas Pinilla, jefe del Ejército, derrocaba a Gómez y se hacía cargo de la presidencia «por voluntad de las fuerzas armadas».

Aparecía de este modo en el panorama político colombiano una nueva fuerza: la fuerza militar, y lo hacía decisivamente en un momento de angustia e incertidumbre para el país. Parece indudable, en efecto, que la tensión creciente entre conservadores y liberales, convertida ya en lucha fratricida, había creado una situación insostenible, que sólo el Ejército era capaz de arreglar. No se olvide, además, que las fuerzas armadas gozaban entonces del prestigio y la popularidad que les había dado su actuación en la guerra de Corea, y será fácil comprender la buena acogida que un gran sector de la opinión pública tributó a la Junta Militar formada en junio de 1953, de la que se esperaba la paz. Por último, si a las circunstancias mencionadas se une la de la favorable coyuntura económica —alza del precio del café en el mercado estadounidense— en que Rojas Pinilla dió su golpe de Estado, no resultará difícil explicarse el que muchos colombianos vieran en este jefe militar a su salvador.

He aquí, pues, que el fracaso de los regímenes democráticos implantados a partir de 1944 tuvo también su parte en la nueva aparición de los gobiernos fuertes. Pero al propio tiempo se produce en esta tercera y última etapa un fenómeno político de signo contrario al que se acaba de apuntar: un nuevo asalto de las fuerzas democráticas, aliadas con corrientes de otro tipo, entre las cuales destaca a veces la filocomunista. Esta reacción democrática se ha manifestado ya en diversos acontecimientos políticos, entre los que cabe subrayar el derrocamiento de los regímenes dictatoriales en Colombia, Cuba y Venezuela, la prefiguración de una posible alianza de la «izquierda democrática» hispanoamericana, la reunión de la IV Conferencia Masónica Interamericana y la creciente actividad soviética en vario países de Hispanoamérica y, más especialmente, en alguno o algunos de la zona del Caribe.

No hará falta mucho espacio para aclarar el sentido del primero de estos acontecimientos. Como quedó advertido al tratar del caso cubano, en la caída de Rojas Pinilla y Pérez Jiménez fué también factor decisivo el reiterado desacierto de sus respectivos gobiernos. En los tres casos, en efecto, los hombres fuertes se levantaron contra un desordenado sistema político, social y económico, y ello les proporcionó gran parte del respaldo público que apoyó su ascen-

sión al poder. Pero no mucho después de ésta, los propios dictadores cayeron en abusos iguales o parecidos a aquellos que intentaron suprimir o fracasaron en su intento. Rojas Pinilla, por ejemplo, no logró la prometida pacificación de Colombia, no pudo crear una fuerza intermedia en que apoyarse frente a la oposición liberal y conservadora ni consiguió resolver los problemas económicos que el país tenía planteados. Pérez Jiménez, por su parte, incurrió en algún error similar y, sobre todo, en el de creer que «Roma hubiera sido olvidada si no fuera por sus caminos y acueductos», como declaró en el año 1955 (6), olvidando otras creaciones romanas tan importantes como las aludidas obras materiales. Es indudable también que el régimen del ex Presidente venezolano sufrió las nefastas consecuencias de la excesiva politización que lleva consigo el mito de la democracia. Pero su caso puede servir asimismo para demostrar que si en un gobierno no todo es política, tampoco es todo administración, y que ésta, en cualquier caso, debe ser justa, pues de muy poco sirve crear riqueza si los beneficios que la riqueza comporta no alcanzan equitativamente a toda la sociedad.

Una segunda muestra de la reactivación democrática es, según se indicó, la posible constitución de un frente democrático en Hispanoamérica. Por lo que se refiere a la zona geográfica aquí acotada, tal alianza podría advertirse, en principio, en la semejanza de talante político de Rómulo Betancourt, José Figueres, Fidel Castro y Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico. Las diferencias entre ellos son, empero, notables, singularmente en lo que atañe a su respectiva posición frente a la Rusia soviética y a los Estados Unidos de Norteamérica. Parece clara, por de pronto, la actitud filocomunista del actual jefe del gobierno cubano, quien, en cualquier caso, no está organizando en su país un Estado precisamente democrático, sino visiblemente totalitario, aunque de signo no muy bien definido todavía. En la Cuba «fidelista» se habló, además, de apoyar la independencia de Puerto Rico, lo cual va directamente en contra de la opinión del gobernador de esta isla, defensor de la tesis del Estado Libre Asociado, y más evidente es aún la postura antinorteamericana del jefe cubano. Esta choca, a su vez, con las ideas expresadas por Figueres: «Mi opinión es —escribió hace un año— que los destinos de América latina en la segunda mitad del siglo XX están ligados a los de Norteamérica. No veo cómo podan-

---

(6) *SP*, núm. 39, págs. 25-26.

mos, en poco tiempo, «desarrollarnos» (es decir, levantar a todos nuestros pueblos al nivel de la civilización actual) sin alguna clase de entendimiento con los Estados Unidos. No creo que podamos detener en nuestros países, aunque quisiéramos, las aspiraciones populares de la época. Y no encuentro motivo para que desaprovechemos, aunque pudiéramos, el gran aporte norteamericano a la cultura universal». Y añadía: «Los latinoamericanos, como hijos de españoles, debemos tratar con los Estados Unidos a base de dignidad. Pero también como españoles, a base de lealtad. Si los Estados Unidos, con toda la razón o con parte de ella, están en lucha con otra gran potencia mundial, nosotros, como aliados, les debemos lealtad. Y mientras el movimiento comunista sea, como lo es, la cuña de penetración ideológica de la Unión Soviética, nuestros partidos políticos deben tener presente esa condición y deben abstenerse de tratar con el enemigo» (7).

No oculta Figueres, sin embargo, los motivos de fricción existentes entre Hispanoamérica y Angloamérica; pero su ideal de unidad continental —basado en «la democracia para todos, la solidaridad económica y la justicia internacional—, aparte de estar en pugna con algunos elementos constitutivos esenciales del ser hispanoamericano, aparece enfrentado con el actual régimen cubano. Del mismo modo, la política religiosa de un Rómulo Betancourt, partidario de abandonar el anticlericalismo tradicional de liberales y socialistas, choca también con las pretensiones masónicas, manifestadas en la IV Conferencia Interamericana de esta sociedad secreta, que se celebró en Santiago de Chile durante el mes de abril de 1958, pues si en ella se afirmó que masonería y democracia «no sólo se identifican, sino que se confunden», también se aprobó todo un programa de acción para la defensa y propagación del laicismo.

¿Qué sentido cabe atribuir a este nuevo asalto de las llamadas fuerzas democráticas? Naturalmente, cualquier respuesta a esta pregunta sólo podrá ser válida cuando se conozca el resultado definitivo del proceso político actualmente en marcha. En consecuencia, de modo provisional se puede concluir afirmando que la reacción democrática constituye, en primer término, un capítulo más de la tradicional oposición entre el mito de la dictadura y el mito de la democracia, que desde hace siglo y medio caracteriza la vida política

---

(7) JOSÉ FIGUERES: «El comunismo y la América Latina» (en SP, número 89, pág. 47).

de los países del Caribe y la de casi todos los de Hispanoamérica. Esta tensión se ve hoy favorecida, además, por la creciente rivalidad de Estados Unidos y Rusia, y significa, en este sentido, un aspecto de la «guerra fría» entre estas dos potencias mundiales. Y en ambos hechos radica, precisamente, el peligro.

La reactivación de la lucha entre dictadura y democracia quiere decir, en efecto, que las Repúblicas de la zona caribe no han logrado superar aún las ideas y los sistemas políticos decimonónicos. Con la sola excepción del actual régimen cubano, los demás países del área siguen moviéndose todavía sobre la base de los viejos conceptos y partidos políticos del liberalismo imperante en el siglo XIX. Ahora bien, en radical contradicción con este claro anacronismo, el proceso social y económico de los pueblos del Caribe ha seguido una marcha mucho más rápida. Han aumentado considerablemente la población y la producción industrial, y ello ha llevado consigo no sólo el inevitable crecimiento de los servicios estatales, sino el definitivo acceso de la masa popular al plano de las determinaciones políticas. Por otra parte, la industrialización y el crecimiento de las ciudades ha ido agravando gradualmente la situación de agricultores y campesinos, que continúan siendo, sin embargo, los depositarios de la primera fuente de riqueza de estas naciones. Proletariado urbano y proletariado campesino van uniendo, no obstante, sus protestas y determinando la aparición de los partidos populares, cuyos miembros, no siempre conscientes de la realidad nacional de que forman parte, suelen ser fácil pasto de los demagogos marxistas, igualmente ignorantes de las posibilidades del cuerpo social objeto de sus errados o malintencionados experimentos.

Hoy no puede sostenerse seriamente que el marxismo sea una solución política actual, y también es notorio que la fórmula marxista destruiría, de imponerse, los elementos constitutivos esenciales del ser hispanoamericano, de que participan los pueblos del Caribe. Pero hay que recordar, al mismo tiempo, que el liberalismo es un sistema ya superado incluso por el marxismo en muchos aspectos, y que tratar de mantenerse en aquella posición conduciría, por tanto, casi inevitablemente, a caer en ésta, y ambas son formas igualmente atentatorias contra la auténtica realidad del ser hispánico. La exactitud de este juicio ha sido corroborada recientemente por la actitud de un Fidel Castro, que encuentra explicación, pese a sus profundos errores y desviaciones, en esa honda-

mente sentida apatencia de renovación político, social y económica.

En otro orden de cosas, precisa subrayar la progresiva interferencia de la política internacional en la política interna de cada país. La validez general de este fenómeno se comprueba especialmente en los Estados del área caribe, sobre todo en los centroamericanos y antillanos, donde la presencia de los Estados Unidos de Norteamérica, tantas veces denunciada, ha resultado siempre decisiva. En aquella zona, la gran potencia angloamericana ha realizado una política de prédica democrática y, al mismo tiempo, de apoyo a cualquier régimen que estuviera dispuesto a reconocer y salvaguardar las prerrogativas económicas estadounidenses, casi siempre contrarias al necesario desarrollo de los pueblos sobre los cuales se ejercían. Dos han sido y son esos regímenes: la democracia liberal y la dictadura. En otras palabras, puede decirse que los Estados Unidos han venido favoreciendo, en el orden político, la perduración de los viejos e inútiles sistemas y la de su viciosa alternancia, y de nuevo resulta aquí extremadamente aleccionador el caso de Cuba.

Pero así como ha empezado a producirse ya, al menos en parte, un notable cambio en esa situación política, tal renovación va acompañada de una lógica actitud antiestadounidense, que a veces lleva a los pueblos —a algunos de sus dirigentes, mejor dicho—, por explicable reacción, a buscar apoyo en potencias no sólo geográficamente lejanas, sino también muy distanciadas de ellos, y aun opuestas, en el orden religioso y cultural. Y es así cómo la influencia soviética, de la mano del marxismo, ha penetrado en las naciones del Caribe. De nuevo, el caso Fidel Castro puede servir de ejemplo, tanto en sus aciertos como en sus equivocaciones, las cuales encuentran su más profunda raíz en el sustancial error de considerar equiparables en un todo a pueblos de diferentes fisonomías históricoculturales, aunque de situaciones económicas semejantes.

La política internacional gravita, pues, amenazadoramente sobre los países del área caribe y parece intentar reducirlos a mero campo de batalla entre las dos potencias que hoy aspiran a la hegemonía mundial. Ante tan grave y evidente peligro, parece oportuno recordar las palabras de José Martí: «Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.» Unidos han de andar, en efecto, estos países del Caribe, unidos entre sí y con los demás de Hispano-

américa. Mas para lograr esa unidad, han de buscarse por lo que efectivamente les une, esto es, por su esencial raíz hispánica, y superar definitivamente los planteamientos políticos decimonónicos, que los llevaron a la disolución y la anarquía.

JAIMÉ DELGADO

## R É S U M É

*L'auteur commence par donner les limites géographiques de la zone des Caraïbes, laquelle il considère comme une unité, et il signale l'existence de deux pôles, l'anarchie et la dictature, entre lesquels la politique de cette zone a joué. Ces deux systèmes proviennent du désajustement entre la structure réelle de chaque pays et le régime dont il a été l'objet. Ensuite il examine le contenu de ces deux "mythes", démocratie et dictature, et il les considère comme deux fleaux, opposés et équidistants du bon sens et de la réalité des peuples des Caraïbes.*

*Il distingue trois étapes dans l'histoire politique de ces peuples. La première (1930-1943) commence avec l'instauration de plusieurs gouvernements forts: Trujillo (République Dominicaine), Ubico (Guatemala), Carias (Honduras), Somoza (Nicaragua), Martínez (Salvador) et Juan Vicente Gómez et López Contreras (Venezuela). Cet exemple est suivi à Costa Rica par Calderon et au Panama par Arnulfo Arias. Les causes de cette étape dictatoriale sont les mêmes qui ont toujours stimulé ce système de gouvernement dans l'Amérique Latine plus celles qui provenaient de l'Europe — crise du système libéral, apparition des régimes fascistes— et l'exemple de Roosevelt aux Etats Unis, qui semblait avoir trouvé le moyen de faire compatible la démocratie avec le pouvoir personnel. Une grande partie de ces dictatures ne proviennent pas de la droite politique —conservative— mais du parti libéral. L'auteur fait l'examen de ses traits fondamentaux.*

*La seconde étape (1944-1949) est celle de la tombée de ces régimes —avec l'exception des cas des gouvernements de la République Dominicaine et de Nicaragua— et l'instauration des systèmes démocratiques. L'auteur trouve les causes du change dans la nouvelle vague de démocratisation qui a suivi la disparition des états totalitaires.*

La troisième étape (1950-1959) signale le retour des gouvernements forts. La faillite du système démocratique en Venezuela, Guatemala et Cuba et le desir de se défendre de l'infiltration communiste sout des causes du retour aux dictatures, ainsi que du militarisme en Colombie.

Un nouveau assaut des forces démocratiques qui s'est manifesté dans plusieurs événements, comme celui de la disparition des dictatures en Colombie, Cuba et Venezuela, et la possibilité de création d'un front démocratique dans la Sud-Amérique, signale la fin de la troisième étape. L'auteur voit dans ce fait un nouveau chapitre de l'opposition traditionnelle entre la démocratie et la dictature et un nouveau aspect de la "guerre froide" entre l'URRS et les Etats Unis.

Il signale finalement la nécessité de se passer du libéralisme démodé, si on ne veut pas tomber dans le marxisme, contraire lui aussi à la réalité authentique de l'être intime hispanique et il souligne l'influence de la politique internationale sur la politique interne de cette zone, qui doit porter aux nations des Caraïbes à une union plus étroite entre leurs politiques et celles des autres pays hispaniques.

#### S U M M A R Y

After geographically limiting the Caribbean world, which he considers as a whole, the author points out that the poles between which the political movement of the zone has been the greatest, have been anarchy and dictatorship, as a consequence to the disorder between the real structure of each country and the political system applied therein. He then goes on to examine the contents of these "two myths", that of democracy and that of dictatorship and classifies them as "two plagues of unquestionable folly, each one opposed to the other and equidistant from the prudence and reality of the Caribbean nations".

On studying the political events from 1930 to 1959, one can distinguish three stages. The first, from 1930 to 1943, begins with the establishing of various strong governments: Trujillo (Dominican Republic), Ubico (Guatemala), Carias (Honduras), Somoza (Nicaragua) apart from Martínez in El Salvador and Juan Vicente Gómez in Venezuela followed by López Contreras. In

1940 the same tendency is felt in the Costa Rica with Arnulfo Arias. The causes for this dictatorial phase, apart from the general causes which have stimulated such a governmental system in the Spanish American nations, originated from Europe —liberal system crisis and the appearance of totalitarian regimes— and from the United States, where Roosevelt' example seemed to make democracy and personal power compatible. A large part of these dictatorships do not proceed from political right —conservatism— but from the liberal party. The author studies their fundamental features.

In the second phase (1944-49) one contemplates the overthrow of the regimes —excepting the Dominican Republic and in a lesser way, Nicaragua— and the introduction of democratic systems. The author believes the causes for such a change can be found in the fresh wave of democratism following the defeat of totalitarian powers.

The third stage (1950-59) shows the reappearance of strong governments. One of the causes is the desire to defend against communist infiltration, in addition to the failure of democratic systems, which is studied in the cases of Venezuela, Guatemala and Cuba. He also alludes to the appearance of militarism in Colombia.

A fresh attack by democratic forces, manifest in certain events among which the overthrow of dictatorships in Colombia, Cuba and Venezuela are highlighted, and the possible creation of a democratic front in Spanish America, marks the end of the third stage. The author sees this fact as one more chapter in the traditional opposition between democracy and dictatorship and as one aspect of the "cold war" between Russia and the United States.

He concludes showing how one must dispense with antiquated liberalism if one does not wish to fall into marxism, equally against the authentic reality of the Hispanic being, and also underlines the international politics influence on the interior politics of the zone, which should unite the Caribbean countries amongst themselves and to the rest of Spanish America.